

Este verano he tenido la oportunidad de participar durante el mes de Agosto en la "Experiencia Misionera" que cada año organizan las Misioneras Claretianas. Nueve personas, siete seglares y dos Claretianas, hemos viajado a México, concretamente a Tilapan, situado al sureste del país, en el estado de Veracruz. Tilapan es la Comunidad cabecera de unas 20 comunidades más pequeñas y, al servicio de todas ellas, se encuentra el Padre Silverio, el cual nos invitó a compartir con ellos este tiempo.

Antes de viajar hacia Tilapan, estuvimos dos días en México D.F. Allí fuimos a la Basílica de la Virgen de Guadalupe, a la que tanta devoción se le tiene en México, encomendándonos a ella y pidiéndole que nos ayudara en la "misión". Todos estábamos nerviosos, no sabíamos muy bien a dónde íbamos, qué nos encontraríamos, qué se esperaba de nosotros, pero la frase que la Virgen le dijo a Juan Diego, cuando nadie creía que se le había aparecido: "*¿No estoy yo aquí que soy tu madre?*", ha sido un referente para nosotros, sintiendo en todo momento su presencia.

Cuando llegamos a Tilapan hacia las siete de la mañana, un poco cansados después de viajar toda la noche en autobús, la gente nos estaba esperando con mucha ilusión. El pueblo estaba repleto, no sabíamos qué hacer, cómo reaccionar, pero fueron ellos los que vinieron a abrazarnos, besarnos, demostrándonos su cariño y acogida.

Tilapan es una zona rural, dedicada al cultivo de maíz, caña de azúcar y algunos árboles frutales. Aquí el trabajo escasea y los hombres se ven obligados a emigrar a otras partes de México y, sobre todo, a Estados Unidos para poder sustentar a sus familias. Estos periodos fuera de sus casas son tan largos que, por desgracia, algunos ya nunca más regresan, dejándolas abandonadas. Son muchas las mujeres que se encuentran solas al cuidado de sus hijos, de la casa, del campo.... Resulta difícil salir de esta situación, pues los jóvenes no tienen muchas oportunidades para mejorar, los muchachos han de ponerse a trabajar para ayudar a sus familias y las chicas se casan muy jovencitas, pasando directamente de ser casi unas niñas a tener a su cargo el cuidado y la responsabilidad de educar a sus hijos. Por otro lado, el alcoholismo es un problema muy grave con todas las consecuencias, entre ellas el maltrato, que conlleva.

Esta situación te hace entender el tipo de vida y las costumbres propias de estas gentes, las cuales se implican y participan de forma activa en la Iglesia y sus diferentes movimientos pastorales, ya que su fe y amor a Dios, les infunde la esperanza para sobrellevar su vida diaria y superar sus dificultades.

Nuestro trabajo allí se ha centrado, sobre todo, en actividades de pastoral. Se organizaron encuentros numerosos en los que participaron todas las comunidades. Estuvimos con jóvenes, ancianos, familias, visitamos el penal de San Andrés y participamos en actos muy emotivos como la Adoración Perpetua y la Unción de Enfermos. Cada uno de estos momentos ha sido especial y resulta difícil explicar lo que se siente. Me sorprendió alegremente la cantidad de gente que a pesar de las distancias y la dificultad de los caminos, acudieron a los encuentros con ganas de estar con nosotros y compartir sus experiencias. Muchos jóvenes llenos de ilusión que aun con cierta timidez, participaron en las actividades que nos hicieron reflexionar sobre cómo Dios nos necesita y nos invita a ponernos a su servicio. Ancianos, cuyos cuerpos y rostros ajados por el duro trabajo, siguen siendo en sus familias testimonio vivo del amor a Dios. La visita al penal, ver las condiciones en que viven y cómo las personas les dedican su tiempo, compañía y preparan ese día la comida para todos, fue un gran ejemplo. Todos estos momentos de convivencia me han hecho ver cómo, a pesar de sus necesidades y dificultades, son muy superiores a nosotros en cuanto a valores cristianos y humanos.

Nuestra actividad se centró en tres Comunidades: Tilapan, Omeapan y Ahuacapan. En todas ellas, después de un taller de oración, nos distribuíamos para estar con las mujeres, niños, adolescentes y parejas. Visitamos a enfermos y ancianos,

así como a algunas familias más desfavorecidas. Hemos intentado a través de juegos y dinámicas trabajar, además de temas de pastoral, habilidades sociales ya que, sobre todo, las mujeres y los jóvenes necesitan quererse más y darse cuenta de que tienen muchísimas cualidades, y la capacidad para desarrollarlas y luchar por una vida más justa y digna.

Me gustaría destacar la gran labor que ha llevado a cabo Sole, optometrista de profesión, que se vino cargada con una maleta llena de gafas y material, y que durante todo el mes ha estado graduando la vista. Además, con su dulzura y paciencia les ha dado a todos unas palabras de aliento y esperanza.

He aprendido mucho de la gente que he conocido y con la que he convivido, y esta experiencia me ha servido para reflexionar sobre mi fe y mi vida como cristiana, de cómo se puede vivir de forma sencilla pero digna; cómo a pesar de sus vidas duras, no se quejan y siempre te regalan una sonrisa; cómo sienten que Dios les quiere y confían plenamente en El; cómo entregan su tiempo y sus escasos recursos para ayudarse entre ellos. Deseo que todo lo que he vivido me ayude a crecer como persona y a ser una cristiana más entregada.

A veces me pregunto, ¿qué es lo que he hecho yo por mis hermanos mexicanos?, y pienso que prácticamente nada. De todas maneras, si el hecho de haberles escuchado, de darles un abrazo, un beso o simplemente el sonreírles, les ha ayudado, yo me siento inmensamente feliz. Nunca olvidaré a esos “mejicanitos lindos” que estarán siempre en mi recuerdo y en mis oraciones.

María Jesús Ausina Gómez